

## IV Domingo de Cuaresma – Monasterio Ave María, La Paz 3 de abril de 2011

### Profesión Solemne de Sr M. Johanna

*Lecturas: 1 Samuel 16, 1b.4.6-7.10-13; Efesios 5,8-14; Juan 9,1-41*

---

El Evangelio del ciego de nacimiento, el Evangelio de este cuarto Domingo de Cuaresma, en el que la Iglesia nos invita a alegrarnos por la cercanía de la Pascua, ilustra todo el camino bautismal de la vida cristiana, a través del cual Jesucristo quiere conducirnos de las tinieblas de la muerte a la luz de la vida en Él. Por esto, es un Evangelio que se presta para hacernos comprender mejor el significado y el deseo de la vida monástica cristiana.

En efecto, Juan presenta esta curación del ciego no sólo como un milagro para restituirle la vista, sino como una re-creación y una renovación de toda su persona. El ciego de este episodio es el hombre, es toda la humanidad, que yace en las tinieblas de la muerte y del pecado. Jesús, “luz del mundo”, ha venido a buscarlo; es Él quien lo ve y toma la iniciativa de curarlo.

“Escupió sobre el suelo, hizo barro con la saliva, untó el barro sobre los ojos del ciego y le dijo: ‘Ve’ a lavarte en la piscina de Siloé, que significa ‘Enviado’. Él marchó, se lavó y recobró la vista.”

Con este gesto, Jesús parece querer recrear no solo al hombre, sino a todo el universo. En el principio, Dios creó la luz, y después todas las criaturas, y al final modeló al hombre del barro. Aquí, Jesús comienza con el barro para recrear la luz, la luz que el ciego de nacimiento pudo ver finalmente.

Esta es la dinámica de la Redención: Cristo recrea al hombre a fin de que desde el hombre todo lo creado pueda renovarse, según el plan de Dios que el hombre ha arruinado con el pecado. Cuando Jesús puede redimir a un hombre, renueva a partir de él todo el universo, hace nuevas todas las cosas (cfr. Ap 21,5). Nuestra conversión que acoge la Redención pascual de Cristo, permite a Dios recrear el universo.

Es importante ser conscientes de este misterio, porque es ahí donde la vocación monástica tiene su más profunda y amplia dimensión misionera, para la Iglesia y para el mundo. El monje, la monja, se concentra en la conversión de su corazón y de su vida a partir del barro de su miseria confiada a Cristo en la humildad, con el fin de que el Señor pueda manifestarse al mundo como su verdadera Luz y como Aquel que renueva el universo.

¿Cómo no pensar en la visión cósmica de san Benito que, al final de su vida, contempla en un solo rayo de sol el universo entero (cfr. S. Gregorio Magno, *Diálogos*, II,35)?

Benito ha permitido al Señor redimir y renovar su vida, hacerlo salir de las tinieblas, amasar el barro de su pobreza y miseria, y esto le permite salir de la ceguera del pecado y de la muerte para ver todo el universo unificado y armonizado en la luz de Dios.

Esta renovación, esta re-creación que a través del corazón del hombre renueva el universo, Jesús nos la confía y transmite en la experiencia sacramental de la Iglesia: “‘Ve’ a lavarte en la piscina de Siloé, que significa ‘Enviado’”. La comunidad eclesial que el Señor nos da, llamándonos y enviándonos, es el lugar en el que se cumple nuestra curación, nuestro paso de las tinieblas a la luz. El Señor, para salvarnos, nos remite siempre a su Iglesia, en la que ha puesto la fuente del bautismo y de todos los sacramentos. Y san Benito acentúa e intensifica este envío, este mandarnos a la comunidad, con el fin de que nuestra conversión, a la luz que es Cristo, sea real y estable para nosotros y para todos. No nos convertimos en testimonios y misioneros auténticos de Cristo si primero no se nos envía a la Iglesia, a la comunidad, porque solamente adhiriéndonos a la comunidad cristiana se abrirán nuestros ojos a la luz del mundo, que es Jesús. Sin la pertenencia a la comunidad no sabemos nunca si la luz que vemos y anunciamos es Cristo mismo o una ilusión de nuestros propios pensamientos.

Esta experiencia es la que nos hace testimonios de Cristo, Luz del mundo. El ciego del evangelio no sabe aún quién es Jesús, pero puede decir: “Una cosa sé: era ciego y ahora veo.” Nuestro testimonio es aquello que Jesús obra en nuestra vida, lo que Jesús hace de nuestras tinieblas, de nuestra miseria y pobreza. Nuestro testimonio es que Cristo transforma en luz aquello que en nosotros es sombra y tiniebla. No se nos pide ser extraordinarios, sino anunciar que nuestra miseria, abrazada por Cristo, se convierte en signo de salvación, se convierte en luz, manifestación de las obras de Dios en el mundo (cfr. Jn 9,3). ¿No es quizá este el camino que Benito nos propone en el capítulo sobre los grados de humildad?

Este testimonio puede conducirnos a la exclusión, a ser “echados fuera”, como el ciego, que es excluido de la sinagoga porque da testimonio de lo que Jesús ha hecho de su miseria. Quizá es ésta nuestra verdadera clausura, nuestra verdadera separación del mundo. No la de sentirnos seguros, ni tampoco sentirnos mejores que los demás, como los Fariseos, sino la de sabernos salvados por Cristo, y testimoniar que esta salvación, esta luz, es para nosotros y para todos. Justamente lo que es luz para todos nos puede llevar a ser excluidos, a ser expulsados y perseguidos, es decir, a ser rechazados junto con la salvación que Cristo ofrece a todos. Si toda nuestra luz nos viene de Jesús, el rechazo que se le hace a Él nos excluye también a nosotros, el perseguirlo a Él es perseguirnos también a nosotros.

Pero nunca nos es quitada su presencia, nunca nos es quitada su luz. El ciego curado y excluido es reencontrado por Jesús que le dice que el Hijo del hombre, el Mesías, el Salvador, es Él: “Lo estás viendo: es el que habla contigo.”

Siempre se nos da Aquel que vemos y que habla con nosotros, una Presencia luminosa que nos habla, que dialoga con nosotros. Dios con nosotros, Dios en relación personal y viva con nosotros. Nuestra Salvación, nuestra Luz, no es una ciencia, no es un poder, sino una relación, una comunión, una amistad con Dios.

Y es en esta relación, en esta amistad con Jesús que nos habla, en la que permanece el milagro que nos abre los ojos, que nos recrea recreando el universo. La experiencia del encuentro que transforma nuestra vida permanece en la relación diaria con Jesucristo. San Benito lo sabe: “¡No anteponer nada al amor de Cristo!” (RB 4,21), no preferir contemplar ni escuchar nada fuera de Él.

“Lo estás viendo: es el que habla contigo”

En estas palabras de Jesús dirigidas al ciego curado está la sustancia de toda nuestra vida monástica: el sentido de la Liturgia, de la *lectio divina*, de la vida comunitaria, de la obediencia a los superiores y a la comunidad; el sentido de la humildad, del silencio, de la estabilidad. Porque nosotros prometimos estabilidad en un lugar de personas en las que se encarna para nosotros la relación diaria y real con Cristo, un lugar de personas que nos permite cada día ver y escuchar al Señor. Y es este también el sentido del voto de conversión monástica, que es “*conversatio morum*”: conversión en la conversación, en la relación con la Palabra de la vida.

San Benito ha encontrado a Cristo y Cristo le ha abierto los ojos. Durante tres años, en la gruta de Subiaco, ha bajado al fondo de las tinieblas de su soledad, de modo que ha podido ver al Resucitado pascual en el hermano que Dios le enviaba: “¡Ahora sé que es Pascua, porque tengo la alegría de verte!” (S. Gregorio Magno, *Diálogos*, II,1).

Frente a este misterio se hace la Profesión. Se hace la Profesión como el ciego que exclama frente a Aquel que le ha abierto los ojos: “¡Creo, Señor!”, postrándose ante Él. Nuestra vocación debe ser un continuo “¡Creo, Señor!” en el que adoramos a Cristo cada día, cada instante, reconociéndole realmente presente en nuestra vida, en todo y en todos.

El fruto de esto es que el mundo, misteriosamente, pueda ver también en nuestros pobres ojos el reflejo de Aquel que es la Luz del mundo presente en el mundo. Quien testimonia que Jesús está vivo y presente en su vida, en sus tinieblas, se convierte en reflejo de Cristo, luz del mundo, para que todos podamos mirarlo y acogerlo, verlo y escucharlo, y encontrar en la amistad con él la plenitud de la vida.

*Fr. Mauro-Giuseppe Lepori*  
*Abad General O. Cist.*